



Las razones del ateísmo “científico”

Javier Sánchez Cañizares

Artículo publicado en la revista “Palabra” (junio 2012), pp. 56-59

El pasado 23 de febrero tuvo lugar en la Universidad de Oxford un encuentro singular. El biólogo Richard Dawkins y el primado anglicano Rowan Williams conversaron durante una hora y media sobre la naturaleza y el origen de los seres humanos. Numerosos medios de comunicación se hicieron eco del acontecimiento. Se daba además la circunstancia de que en el mismo escenario había tenido lugar, hacía más de 150 años, una discusión entre Thomas Huxley y el arzobispo Wilberforce que acabó más bien en desencuentro: el clérigo preguntó a Huxley si era descendiente del mono por parte de madre o de padre.

Gracias a Dios, el debate entre Dawkins y Williams resultó un ejemplo de buenas maneras. Ambos pudieron exponer sus puntos de vista de manera pacífica, interpelarse para pedir aclaraciones e incluso mostrar su acuerdo sobre determinados aspectos. El debate contó con una enorme audiencia, lo que muestra el interés que despierta el debate entre ciencia y religión en el mundo contemporáneo. Ahora bien, ¿cuáles son los puntos de conflicto en la actualidad? ¿Han evolucionado los argumentos en los últimos años? ¿Estamos ante un diálogo de sordos que nunca llegarán a entenderse?

LA IMAGEN DE DIOS EN JUEGO

Hoy día puede decirse que la relación entre ciencia y religión no es en absoluto conflictiva. Pero también es cierto que en determinados círculos religiosos fundamentalistas se rechaza a la ciencia como enemiga de la revelación divina y que algunos científicos presentan periódicamente arengas a favor del ateísmo, supuestamente avalados por su prestigio intelectual. ¿Cuáles son las razones que esgrimen estos últimos?

Para entender las razones del ateísmo “científico” de personalidades como Richard Dawkins o Stephen Hawking, conviene tener presente la imagen de Dios que atacan con su argumentación: el llamado “Dios de los agujeros”.

El ateísmo científico considera que, a lo largo de la historia, los creyentes recurren a Dios siempre que se hallan ante un fenómeno que no pueden

explicar o dominar. Así, rezan a Dios para que los libre de la peste negra, dé buen tiempo a las cosechas o sane a un enfermo incurable. Por el contrario, los avances en el conocimiento científico mostrarían que las verdaderas causas de esos fenómenos son exclusivamente naturales, sin que haya ninguna necesidad de invocar a un ser sobrenatural: en vez de rezar para que haga sol en la excursión de mañana sería mejor consultar la predicción meteorológica de los expertos.

La expresión “Dios de los agujeros” enfatiza que Dios resultaría únicamente un recurso para rellenar aquellos huecos del conocimiento científico que aún existen. El ateísmo científico está convencido de que la ciencia es, en última instancia, capaz de descubrir las causas naturales que explican todos los fenómenos. Ciertamente, tras enfrentarse con los cambios gnoseológicos provocados por la mecánica cuántica y la teoría del caos, la ciencia actual ya no presume del ingenuo determinismo del s. XIX, pero lo sustancial de las posiciones del ateísmo científico permanece inalterable: el progreso en el conocimiento científico supondrá finalmente la desaparición de todos los agujeros epistemológicos y, con ellos, la desaparición de Dios del pensamiento humano.

El argumento genérico del ateísmo científico se ha concentrado en los últimos años en dos cuestiones fundamentales: el origen del universo y el origen del hombre.

Una de las cuestiones que más asombran a los cosmólogos es el “ajuste fino” de las constantes fundamentales del universo. Si el valor de las mismas hubiese sido ligeramente distinto, el cosmos resultaría radicalmente diferente a como lo observamos hoy (sería probablemente un gran vacío sin galaxias o un enorme agujero negro). El ajuste fino es algo que muchos han visto como un argumento a favor de la existencia de un ser superior, que fijaría los valores oportunos de las constantes antes de poner en marcha el universo.

El libro “The Grand Design” de Stephen Hawking y Leonard Mlodinow rechaza esta visión proponiendo un escenario científico alternativo. En realidad, nuestro universo no sería sino uno de los muchos posibles dentro del gran *multiverso* (el conjunto de todos los potenciales universos en una teoría unificada de supercuerdas). Los universos nacerían a partir de fluctuaciones cuánticas y el nuestro no tendría nada de especial; procedería simplemente de una fluctuación que se amplifica hasta desarrollar un universo capaz de albergar seres humanos conscientes de ello.

Una perspectiva análoga se da en torno al problema del origen del hombre. La teoría general de la evolución ofrece una explicación de la aparición de las especies sobre la tierra a partir de mutaciones en el código genético de los seres vivos y la selección natural de los que mejor se adaptan al ambiente. Dicha

teoría es respaldada por la mayoría de los científicos y es la que ofrece una mejor explicación de la ingente cantidad de datos paleontológicos, morfológicos y genéticos de que disponemos en la actualidad.

Ahora bien, algunos biólogos como Dawkins y neurofilósofos como Patricia Churchland defienden, dentro de dicho marco, que el hombre sería una especie más, proveniente de complicados fenómenos de autoorganización de la materia e interacción con el ambiente. En ese sentido, lo que llamamos capacidades superiores del ser humano: autoconciencia, inteligencia o libertad no serían más que complejas dinámicas cerebrales. En otras palabras, meras ilusiones similares a la de creer que el sol gira en torno a la tierra.

NIVELES DE REALIDAD

¿Qué podemos decir ante todo esto? Hay que reconocer el grado de persuasión de ciertas apreciaciones del ateísmo científico. Desde luego, no han faltado ocasiones a lo largo de la historia en que la ciencia ha purificado a la creencia religiosa de meras supersticiones y —en momentos puntuales como en el caso Galileo— de interpretaciones erróneas de la Sagrada Escritura. Esto no es sorprendente pues, si bien la fe purifica a la razón, también se da un «papel purificador y vertebrador de la razón respecto a la religión. Se trata de un proceso en doble sentido» (Benedicto XVI, *Discurso en Westminster Hall*, 17-IX-2010).

El conocimiento científico avanza y la ciencia tiene sus propios mecanismos para desechar las falsas teorías. Ahora bien, ¿abarca la ciencia todos los niveles de la realidad? La ciencia da una explicación muy fundamental de la realidad que percibimos, ¿pero se puede reducir todo a ciencia? Un ejemplo claro lo encontramos en la creación artística. Podemos descomponer en ondas acústicas una interpretación del Réquiem de Mozart, determinar la composición química de la pintura de Las Meninas y calcular la distribución de cargas que se da en la Basílica de san Pedro; ¿pero ofrece cada una de esas descripciones una explicación completa de la realidad a la que nos enfrentamos?

La imagen del “Dios de los agujeros” que presenta el ateísmo científico tiene su parte de verdad. No obstante, considera iguales a todos los agujeros: simples vacíos de conocimiento que terminará colmando la comprensión científica. Sin embargo no todos son iguales. El ateísmo científico parte de una comprensión inicial reduccionista: pensar que solo la ciencia es capaz de dar una explicación racional y completa del mundo.

Desde un punto de vista estrictamente científico, los intentos de dar una explicación natural del origen del universo a partir de la teoría del multiverso o de la aparición de la conciencia humana desde la autoorganización de la

materia son, hoy por hoy, pura ciencia ficción, como reconocen todos los científicos (incluidos Hawking y Dawkins). Pero, aun si llegaran a dar una explicación científica de estos fenómenos, ¿se estaría dando una explicación completa de la realidad? ¿Se estaría explicando la razón de la existencia del mundo o de la búsqueda de sentido que lleva a cabo el ser humano? No se puede explicar lo que a priori se rechaza. *Y sin embargo* — parafraseando a Galileo— *existe*.

El ateísmo científico pide a la ciencia más de lo que puede dar. La ciencia no es teísta ni atea. No se debe utilizar para hacer teísmo o ateísmo. Filosofía y teología son los modos de la racionalidad humana que pueden indagar los porqués últimos de la existencia. En último término, el ateísmo científico se contradice a sí mismo pues, si fuese cierto, no tendría que tomarse el trabajo de refutar una ilusión. Paradójicamente, el hombre es el único animal que hace ciencia y busca convencer a quienes reconoce la capacidad de rectificar: de ser libres, ni más, ni menos.